

## **HISTORIA DE LA INVESTIGACIÓN PREHISTÓRICA EN ESPAÑA (PRIMERA MITAD DEL SIGLO XX). EL NEOLÍTICO COMO EJEMPLO DE DOS INTERPRETACIONES HISTORICISTAS.**

## **HISTORY OF THE PREHISTORIC RESEARCH IN SPAIN (FIRST HALF OF CENTURY XX). THE NEOLITHIC HOW EXAMPLE OF TWO HISTORICIST INTERPRETATIONS.**

**PÉREZ RODRÍGUEZ, Manuela.**

**Tercer Ciclo. Área de Prehistoria. Universidad de Cádiz.**

**C. Bartolomé Llompart s.n. 11003 Cádiz.**

**Fecha recepción artículo (1998-noviembre-16).**

**Fecha aceptación artículo por la revista (1998-diciembre-14).**

**(ISSN: 1138-9435 (1999), 2, pp 221-245).**

### **Resumen.**

Este artículo pretende asociar las ideas expresadas por los autores de la primera mitad del siglo XX, al contexto sociopolítico de su época. Así, se analizan las visiones de los mismos dentro de su posición teórica común: el Historicismo Cultural. Se comparan las obras sobre un tema de referencia como es el del Neolítico peninsular.

**Palabras Clave:** Historiografía, Historicismo Cultural, Neolítico.

### **Abstract.**

This paper pretend to associate ideas expressed for authors of the half first XX century, to the sociopolitic context of their time. So, they are analyzed the opinions in their common teoretical position: cultural historicism. The works about Neolithic are compared as reference.

**Key Words:** Historiography, Cultural Historicism, Neolithic.

## **Sumario.**

0. Introducción 1. La penetración del Historicismo Cultural en la España del primer tercio del siglo XX. Aproximación a la sociología de la investigación. 2. El Historicismo Cultural en el primer tercio del siglo XX. El estudio del Neolítico peninsular como ejemplo. 3. La ruptura tras la guerra civil: la reorganización institucional. 4. Teoría y práctica en la posguerra. 5. Los estudios sobre el Neolítico en la posguerra: un ejemplo de diferenciación en el Historicismo Cultural. 6. Reflexión final. 7. Agradecimientos. 8. Notas. 9. Bibliografía.

## **0. Introducción.**

En este trabajo pretendo exponer las principales diferencias existentes entre los prehistoriadores historicistas culturales de nuestro país, antes de la Guerra Civil e inmediatamente después de ésta, centrándome en un tema de estudio concreto: el neolítico peninsular.

Pienso que un trabajo de historiografía es siempre congruente con la posición teórica (Gándara, 1993) del/la investigador/a que lo realiza. Éste/a asume unos valores a la hora de analizar el trabajo de otros/as, al igual que los/las autores/as cuyas obras son analizadas, también asumieron los suyos. Se nos educa en función de “un modelo definido de valores en la vida cotidiana y en el ambiente particular (cultura, clase social) por él reproducido” (Heller, 1985: 100), y éstos se manifiestan en nuestro trabajo de investigación de forma consciente o inconsciente, explícita o no, dentro de una posición teórica dada (como área valorativa) (Gándara 1993). En definitiva, las valoraciones nos son inculcadas en nuestra educación y se pueden hacer explícitas mediante gestos, con el lenguaje y con hábitos adquiridos, pero esto no implica que se manifiesten abiertamente, “porque la cuasinaturalidad de estas manifestaciones de vida puede esconder su carácter valorativo” (Heller, 1985: 100).

Se vive en un mundo que se basa en la división social del trabajo, del que además formamos parte en la medida en que se establecen unas relaciones sociales de producción (a las que no somos ajenos/as) (Heller, 1985; Pagés, 1983). Por eso el/la profesional de la arqueología (también de la historia) debería asumir las afinidades existentes entre la teoría social que sigue con sus valores correspondientes, y la proyección social que genera, acorde con los intereses y necesidades del grupo o clase social al que pertenece (Heller, 1985: 100-101).

Estamos por tanto, influidos/as por una serie de condicionamientos sociales (Pagés, 1983: 47 y ss.):

- De clase, ya que ocupamos un lugar en la división social del trabajo, perteneciendo por tanto a una clase social, con una ideología, con o sin creencias religiosas, y viviendo en una nación o región determinada. Al mismo tiempo, nuestra pertenencia a una clase implica una formación cultural derivada del ambiente familiar en el que hemos vivido.
- Sexistas: la historiografía ha sido tradicionalmente elaborada por hombres, y la mujer no ha participado ni como sujeto, ni como objeto de conocimiento (Sánchez Liranzo, 1998).
- Del ambiente profesional que nos rodea, ya que entre los/las historiadores/as se establecen relaciones de poder, que pueden adoptar formas institucionalizadas y que llegan a asentar auténticas relaciones de servidumbre dentro de las instituciones que regulan la investigación científica<sup>1</sup>.

Esto nos lleva a considerar que un análisis historiográfico debe hacer estas dos observaciones:

1) Que la historiografía o la historia de la producción de la información (Bate, 1998), nos debería ayudar a tomar conciencia histórica de las condiciones de investigación que hemos heredado: relaciones de poder dentro de la Academia, del grado de democratización de la misma, de la trayectoria de los investigadores pasados y presentes, y de la perduración de determinadas posiciones teóricas que son asumidas con conciencia o no de los valores que les son afines.

2) El análisis historiográfico guarda relación con la historia social del lugar donde lo realizamos, con determinados acontecimientos sociales y políticos que influyeron directa e indirectamente en la forma de concebir la investigación, y que a su vez pudieron influir al facilitar que determinadas concepciones sigan funcionando dentro de la Academia.

Además heredamos un cuerpo de conocimientos con un sistema valorativo del que podemos diferir. En el caso del Historicismo Cultural, conceptos como los de difusión o autoctonía responden a una serie de criterios valorativos. En este sentido, el concepto de difusión ha sido —y sigue siendo— utilizado con distintas matizaciones, desde un diffusionismo decimonónico de corte invasionista durante el periodo que analizamos, hasta un “diffusionismo aculturacionista” en la actualidad (Hachuel Fernández y Costa, 1990-91). Lo importante de este concepto es la diferencia que hace entre pueblos creadores de cultura y pueblos asimiladores de la misma, enfatizando la capacidad creadora de unos pueblos y negándosela a otros, que a su vez son colonizados o aculturados por aquellos.

Por otra parte, el concepto de autoctonía no deja de ser en el periodo analizado (e incluso hoy cuando es utilizado por investigadores/as que trabajan dentro del Historicismo) equivalente a “aislacionismo”, lo que “convierte a las ‘comunidades autóctonas’ en grupos aislados”, con los problemas de refutación/validación que ello conlleva (Hachuel Fernández y Costa, 1990-91: 25), y que enlaza directamente en algunos autores del periodo analizado con sus preocupaciones “nacionalistas”.

Así pues, pretendo analizar la obra de determinados prehistoriadores para el Neolítico, teniendo en cuenta que a pesar de compartir una posición teórica común, la historicista cultural, sus interpretaciones se vieron matizadas por su posición dentro de la Academia en momentos claves para la historia de nuestro país, y que influyeron en la forma de concebir y organizar la investigación arqueológica en España.

### **1. La penetración del Historicismo Cultural en la España del primer tercio del siglo XX. Aproximación a la sociología de la investigación.**

La crisis sufrida por el sistema capitalista a finales del siglo XIX conllevó que los jóvenes intelectuales europeos rechazaran la idea de progreso de naturaleza tecnológica, que fue el fundamento del evolucionismo decimonónico. Por primera vez, el prometido progreso tecnológico que llevaría la riqueza a todo el mundo, quedó en entredicho. Es a partir de este momento cuando las ideas nacionalistas se asocian a conceptos como los de raza y etnia.

Durante el periodo anterior el concepto de nación se intentaba armonizar con el de evolución histórica, siendo por tanto viable “en la medida en que extendiesen la escala de la sociedad humana”, lo que significaba que se esperaba de los movimientos nacionales una tendencia natural a la unificación o expansión (Hobsbawm, 1997: 40 y ss.). Los ejemplos más claros de esto los constituyan la unificación alemana y la italiana. Para el liberalismo del siglo XIX, el desarrollo nacional constituía una fase dentro de la evolución y el progreso humano hacia la unificación mundial, desde el grupo más pequeño hacia el mayor: “de la familia a la tribu y la región, a la nación”, de la nación a la mundialización total del sistema (Hobsbawm, 1997: 47).

La crisis que sufrirá el sistema capitalista hacia finales del siglo influyó también en un descrédito hacia sus ideas de progreso, y por tanto, con ellas las ideas de evolución social que tan importantes fueron en la construcción de la ciencia prehistórica en el siglo XIX. Ahora los criterios etnolingüísticos se vuelven dominantes a la hora de definir una nación<sup>2</sup>. El nacionalismo entre 1870 y 1914 tomó un auge desconocido en etapas anteriores, por motivos sociales que conllevaban que el discurso nacionalista fuera más atendido entre algunos grupos sociales (resistencia de grupos tradicionales que ven peligrar sus modos de vida ante la modernidad;

clases nuevas, pequeño burguesas, que crecían en las sociedades que estaban siendo paulatinamente urbanizadas en países desarrollados; y las grandes migraciones sociales, que distribuían pueblos forasteros en lugares extraños para ellos), sin que esto supusiera, curiosamente, una mayor receptividad de las ideas nacionalistas a la hora de sumarse la población a un programa político con esta orientación (Hobsbawm, 1997: 119).

Ahora se vinculará claramente la arqueología con las historias nacionales, buscando un mito histórico que diera legitimidad a las ideas nacionalistas de un determinado pueblo. A nivel metodológico esto significó un mayor interés por el objeto arqueológico, ya que por su estudio se determinaban caracteres estilísticos que se asociaban a grupos étnicos específicos, siendo especialmente significativo en la construcción de tipologías cerámicas, lo que también influyó para que el interés se desplazara del Paleolítico a la Prehistoria Reciente (Trigger, 1992: 145).

Se adoptará mayoritariamente la teoría difusiónista de los círculos culturales. Se niega la posibilidad de desarrollo independiente en la explicación de los cambios sociales. El contraste con los estudios evolucionistas vendrá dado por la caracterización de grupos étnicos particulares “en detrimento de las características generales de los estadios sucesivos del desarrollo cultural” (Trigger, 1992: 147). La idea de evolución sólo era utilizada cuando se intentaba explicar el origen de los distintos círculos culturales, y no por todos los autores (Renfrew, 1986: 38).

En Alemania estas ideas tuvieron una especial acogida, siendo la práctica de la arqueología Histórico-Cultural algo habitual hasta nuestros días. Fue G. Kossinna en el trabajo publicado en 1911, *Die Herkunft der Germanen*, quien desarrolló esta metodología. Organizó el registro arqueológico centroeuropeo como un mosaico de culturas en correspondencia con distintos grupos étnicos, estableciendo una relación directa entre cultura material y etnicidad. Su distribución espacial determinaba donde vivieron los distintos grupos humanos durante varios períodos de la Prehistoria.

En síntesis, se trataba de organizar el registro material siguiendo criterios espacio-temporales restringidos que permitiera su identificación directa con grupos étnicos. Se ordenaban los conjuntos materiales en series tipológicas en las que se introducía una dimensión espacial, y en cuya ordenación también estaba implícita la idea de progreso.

La introducción en nuestro país de esta corriente teórica está relacionada con dos aspectos fundamentales en el desarrollo de nuestra investigación. El primero, es la importancia que cobran las investigaciones realizadas en nuestro país por profesionales extranjeros que proceden de una tradición historicista (Breuil, Obermaier o Schulten, por citar sólo a tres), y que se puede decir que marcan una pauta a seguir por los arqueólogos nacionales, creando como Obermaier, escuela en nuestro país. Segundo, la formación de los principales investigadores españoles de esta época en la escuela alemana, gracias a las becas otorgadas por la Junta para la Ampliación de Estudios.

Pero además hay que destacar otro que, aunque no ha sido señalado en la mayoría de los trabajos historiográficos, nos parece que es tan importante como los otros dos: la procedencia de clase de la mayoría de los profesionales españoles de la época y su vinculación en algunos casos con sectores católicos moderados o no tan moderados (Bosch Gimpera y H. Obermaier, por ejemplo). La iglesia española, en el congreso católico de Sevilla de 1893, resolvió la conveniencia de “promover los estudios prehistóricos en las Universidades, Academias y Liceos Católicos, mediante revistas, conferencias y certámenes científicos, a fin de contrarrestar en los centros oficiales de enseñanza la perniciosa influencia de la propaganda anticristiana” (encarnada por el evolucionismo). Otras de las resoluciones de este congreso manifestaba la urgencia de crear “cátedras que con el nombre de Antropología, Prehistoria, Apología científica, controversia católico-científica o cualquiera otra denominación tenga por objeto explicar a los jóvenes las nociones necesarias para conocer el estado actual de la controversia católica y poder rechazar los ataques de la ciencia anticristiana” (Fita, 1893: “Protohistoria. Conclusiones adoptadas en el Congreso Católico de Sevilla”, citado en Aryazagüena, 1992: 1137). También se añade a continuación la necesidad de crear bibliotecas científicas, museos arqueológicos en algunas diócesis con colecciones paleontológicas, antropológicas y prehistóricas, y fomentar las excursiones o exploraciones científicas cuyo objeto sea la investigación o el enriquecimiento de los museos con nuevos objetos, siempre que estén dirigidas “por personas de reconocida ortodoxia católica” (Aryazagüena, 1992: 1138).

Así, surge entre los sectores del catolicismo un interés por la prehistoria que acabó con las contradicciones que provocaba en algunos investigadores del siglo XIX su fe y su práctica científica (Glick, 1982). Lógicamente para estos católicos, aunque partieran de sectores moderados, la teoría evolucionista estaba relacionada con el materialismo de carácter ateo (Peiro y Pasamar, 1989-90), aunque como veremos más adelante, existiese cierta idea de evolución, que era imprescindible para explicar el origen de los círculos culturales en los que se sistematizaba la prehistoria peninsular en esta época.

En cuanto a la procedencia social de los prehistoriadores españoles del primer tercio de siglo, casi todos pertenecen a esa clase media española que no accederá al poder político hasta la Segunda República, y que arrastran unas exigencias intelectuales para la creación de un armazón ideológico y técnico útil a un estado moderno, que capacitará al país para integrarse en la Europa industrializada del momento (Tuñón de Lara, 1974, 1981). Lo que ocurre en Arqueología e Historia es que dominan las corrientes idealistas que la burguesía europea hace suyas en otros ámbitos intelectuales, al mirar con preocupación el papel que el proletariado está jugando en varios países y con el miedo de la revolución rusa en el ambiente político. Las teorías filosóficas e históricas idealistas, e irracionalistas en algunos casos, fueron la respuesta y el intento de

“enturbiar la compresión de nuestro tiempo” (Tuñón de Lara, 1981: 231). El Krausismo del siglo XIX dio paso al Neokantismo, el Vitalismo y Normativismo (Tuñón de Lara, 1981: 127). Y todo esto con la memoria reciente del desastre del 98, “donde el pequeño burgués pone su conciencia de elemento social ‘en desamparo’ en un momento en que, desde los aledaños del poder, contempla el desplazamiento de la primera contradicción social desde la lucha contra el antiguo régimen (...) hacia la creciente conciencia de emancipación del proletariado” (Villacorta Baños, 1980: 109).

En general, nos encontramos en un país con unas estructuras sociales asentadas sobre el caciquismo, impropias del momento histórico, en comparación con países como Inglaterra, Francia o Estados Unidos. El país estaba gobernado por una élite que controlaba el poder (liberal o conservadora), que formaba una auténtica oligarquía parlamentaria, reflejo de la oligarquía económico-social propia del caciquismo (Tuñón de Lara, 1967). Todo esto daba lugar a unas élites de orientación vinculadas a sectores conservadores<sup>3</sup> o más liberales, como era el caso de la Institución Libre de Enseñanza, que verá culminada su influencia con la creación de la Junta para la Ampliación de Estudios, aunque nunca llegará a formar un auténtico grupo de presión (Tuñón de Lara, 1967: 53 y ss.). En general, la institución aglutinará a la clase media de ideología liberal, que vive en un Estado liberal de clase, pero que en nuestro país se halla sobre “una vieja estructura que no ha cumplido la tarea de desarraigarse las relaciones de producción de un tipo de sociedad anterior a las revoluciones burguesas, lo que les lleva a un conformismo pragmático con los usos políticos-sociales de la Restauración” (Tuñón de Lara 1967: 28).

En la investigación el ambiente es similar. Grandes personajes de la nobleza se vinculan con investigadores procedentes de la universidad o que trabajan en la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas, dependiente de la J.A.E. (Marqués de la Vega del Sella, Duque de Alba, etc.), apadrinando en muchos casos a los investigadores profesionales<sup>4</sup>.

Con este ambiente intelectual, dominado en gran parte por personas de ideología conservadora y católica, no resulta nada extraño que el idealismo dominara tanto en filosofía como en Historia. Para la arqueología, el Historicismo Cultural fue la corriente de pensamiento que casi unánimemente adoptaron las principales personalidades de la investigación.

## 2. El Historicismo Cultural en el primer tercio del siglo XX. El estudio del Neolítico peninsular como ejemplo.

Gracias a las becas concedidas por la J.A.E. la mayoría de los arqueólogos españoles que se formaron en el primer tercio del siglo, y que accedieron a puestos de responsabilidad en los años 30 o en la posguerra, viajaron becados al extranjero. Tanto para la arqueología

prehística, como para otras ciencias, la creación en 1907 de la Junta para la Ampliación de Estudios e Investigaciones Científicas supuso un gran avance. Se ha llegado a decir que incluso fue más importante que la “Generación del 98”, pues con su creación la burguesía liberal daba un paso decisivo “en la batalla ideológica que es clave en la linda de los dos siglos”. Además, significó un “reconocimiento de un estado de cosas en el que los cuadros necesarios a la dirección (y aprovechamiento) de la sociedad no se cubre ya por teólogos, letrados y oradores más o menos brillantes” (Tuñón de Lara, 1974: 410).

La creación de la Comisión de Investigaciones Paleontológicas y Prehistóricas (1913) como organismo dependiente de la J.A.E., institucionalizó definitivamente la Prehistoria. En este organismo se reunieron a eruditos neocatólicos como el Marqués de Cerralbo y a personas próximas a la Institución Libre de Enseñanza, como E. Hernández Pacheco, junto con el magisterio de otras de reconocida tendencia católica como H. Obermaier, que contribuyeron a vencer los prejuicios respecto al problema del origen del hombre y la Prehistoria (Peiro y Pasamar, 1989-90: 24).

Al mismo tiempo, en 1922 Obermaier toma posesión de la cátedra de Historia Primitiva del Hombre en la Universidad Central, con el apoyo del Duque de Alba y del Marqués de Vega del Sella (Moure, 1996), entrando la prehistoria por primera vez en la universidad vinculada directamente a la Historia.

Junto a esto, se crearon numerosas asociaciones y medios de difusión, y una actualización de la legislación con la creación de la Junta Superior de Excavaciones y Antigüedades (1911) (Díaz Andreu y Mora, 1995: 32), que pretendía el control económico sobre la actuaciones y la prohibición de exportar antigüedades al extranjero.

Junto a estas iniciativas que parten directamente del gobierno central, las influencias del “nacionalismo periférico” también provocaron nuevas iniciativas institucionales (Díaz Andreu, 1997a). En Cataluña la Mancomunitat Catalana creó el Servei d’Investigacions Arqueològiques dependiente del Institut d’Estudis Catalans (1915), al frente de cual se encontraba P. Bosch. En 1927 se fundó el Servei de Investigació Prehistòrica dependiente de la Diputación Provincial de Valencia. Barandiarán comienza a dirigir los trabajos de arqueología desde la Sociedad de Estudios Vascos, organizando la infraestructura a través del Laboratorio de Etnología y Folklore Euskera (1916) y del Seminario de Prehistoria Ikuska (1921), que en 1925 se denomina Centro de Investigaciones Prehistóricas (Díaz Andreu, 1997a: 406). En Galicia se abordará la Etnografía y la Arqueología desde el Seminario de Estudios Galegos (1923) (Díaz Andreu, 1997a: 406).

De todas las figuras reseñadas anteriormente dos nos merecen especial atención por la influencia que ejercieron desde su magisterio, así como por la significación de su obra para la Prehistoria española: **Bosch Gimpera y Hugo Obermaier**.

El primero aglutinó lo que se ha denominado Escuela Catalana de Arqueología, con obras de especial importancia para el conjunto de la Prehistoria Peninsular, como *Etnología de la Península Ibérica* (Bosch, 1932), y con discípulos como Luis Pericot, Alberto del Castillo, etc. El interés de Bosch y su escuela se centraba en los esquemas de la Prehistoria europea y española desde perspectivas de historiadores profesionales (Pasamar, 1991: 246).

Fue uno de los beneficiados por las becas concedidas por la J.A.E. para estadías en el extranjero. Su estancia en Alemania lo puso en contacto con H. Schmidt y G. Kossinna, es decir, con las figuras más representativas del Historicismo Cultural en ese momento.

A su vuelta a España puso en práctica sus conocimientos siguiendo fielmente la metodología de los círculos culturales para sistematizar la prehistoria peninsular. Sus ideas nacionalistas le llevarán a preocuparse por el origen y formación de los pueblos hispanos, organizando los datos existentes para la Prehistoria Reciente. Se preocupó por fijar grupos culturales en función de un débil determinismo geográfico que se conjugaba con aspectos étnicos e históricos de establecimiento de las relaciones de los mismos con grupos vecinos, constituyendo entre todos estos factores la personalidad étnica de los mismos (Bosch Gimpera, 1925: 154). En cierta forma, sentía una preocupación evolucionista por ver de donde procedían los distintos grupos culturales y su desarrollo en el tiempo, dando lugar, quizás, a nuevos grupos con personalidades distintas. Para él, el método a seguir consistía en “distinguir dentro de cada período los grupos culturales existentes y filiarlos en relación con los anteriores y posteriores, de manera que puede verse, cuando hay una interrupción brusca de cultura, que acuse la presencia de un pueblo nuevo, y cuando pueda postularse la continuación de los pueblos anteriores dentro de su mismo territorio” (Bosch Gimpera, 1925: 165).

Para el Neolítico estableció cuatro círculos culturales: la cultura de Almería, la pirenaica, la occidental o portuguesa (que además de Portugal comprendía parte de Salamanca, Extremadura, Huelva) y la central (Andalucía, las dos Mesetas, mayor parte de Aragón y de Cataluña) (Bosch Gimpera 1925: 174).

Para Bosch el origen de las culturas occidental y central residía en una migración del pueblo Capsiense africano, diferenciándose ambas durante el Neolítico (Bosch Gimpera 1925).

La cultura de Almería tendría su origen en una migración de pueblos camitas que penetraría a finales del Neolítico, con un gran parecido con la cultura sahariana del norte de África (Bosch Gimpera 1925: 181).

En cambio, para la cultura pirenaica observa un origen en migraciones procedentes del paleolítico superior franco-cantábrico, que observa que es una cultura claramente europea en contraposición al Capsiense africano (Bosch Gimpera, 1925: 184).

De este modo, reduce los orígenes de las culturas españolas neolíticas a dos: europea, representada en el Neolítico por la cultura pirenaica, y africana con el Capsiense, que da lugar al

Neolítico occidental y de las cuevas. A finales del Neolítico llegaría un nuevo aporte poblacional a la península procedente de África y representada por los carmitas, formándose la cultura de Almería.

Por último, considera sus estudios exclusivamente desde un punto de vista histórico y no antropológico, prefiriendo el concepto de “pueblo” al de “raza” (Bosch Gimpera, 1925: 185). Hay que señalar que el autor relaciona este concepto con la disciplina de la antropología física, llegando a afirmar que “mientras no podamos completar el estudio histórico de los pueblos primitivos de España con resultados satisfactorios de su estudio antropológico, faltará a dicho estudio un elemento esencial” (Bosch Gimpera, 1925: 185).

Aunque no utiliza el término en un sentido racista, sí se traslucen a través de estas palabras las inquietudes nacionalistas del autor, en cuanto que se preocupa por los orígenes históricos de los pueblos peninsulares de su época con predilección por su diferenciación, lo que les daría carácter de particularidad con respecto a otros pueblos vecinos que habitan en la Península Ibérica.

Es de destacar la idea de sustrato que estará presente en toda su obra. Para este autor en los pueblos contemporáneos que pasaron históricamente por colonizaciones y migraciones, sobrevivió un sustrato indígena que ha perdurado gracias a su mejor adaptación a la región desde antiguo<sup>5</sup>. Este concepto le llevó a propugnar, en una de las obras más significativas de este momento, el carácter autóctono de las culturas neolíticas y posteriores del sudoeste de Europa respecto de las grandes civilizaciones orientales:

*“Las primeras razas llegadas a España en el alba de la habitación de la tierra por el hombre y los continuos aluviones de hordas africanas de cultura muy rudimentaria (...) se transformaron poco a poco en el paleolítico superior en los pueblos cazadores que produjeron el notable arte cuaternario (...) y se convirtieron a través de evoluciones en los tiempos subsiguientes en la base indígena de los pueblos preibéricos”* (Bosch Gimpera, 1932, citado en Pasamar, 1991: 309).

En definitiva, intentaba definir un sustrato étnico en los territorios de las nacionalidades históricas.

Aunque su obra fue más significativa para el Paleolítico que para la Prehistoria Reciente, **H. Obermaier** fue una de las figuras claves que desde su cátedra de la Universidad Central, más hizo por la difusión del Historicismo Cultural en nuestro país. Para este autor esta “nueva manera de ver las cosas es una saludable reacción contra el uso inmoderado, y harto simplista, de la doctrina de las concepciones elementales de la humanidad”, es decir, las concepciones del evolucionismo materialista. Aunque está claro que Obermaier no era materialista, entre otras razones por su condición de sacerdote católico, no rechazaría totalmente los conceptos de evolución y progreso, que en cierta forma también asumieron los padres del Historicismo

Cultural, sino que valora que los procesos son más complicados de lo que creían los evolucionistas, al hallarse “condicionados por emigraciones e imitaciones, por traslaciones y mezclas” (Obermaier, 1926: 14).

A su vez, concebirá la etnografía comparada como un importante medio para estudiar la “cultura interior de los hombres fósiles”, es decir, “su vida en cuanto seres sociales, y a sus características psicológicas” (Obermaier, 1926: 15). Esta preocupación le lleva a tener un alto concepto de la vida de los pueblos primitivos contemporáneos, en clara contradicción con lo que su posición historicista y lógica difusiónista puedan hacer pensar:

*“(...) La expresión ‘pueblos primitivos’ sólo ha de entenderse en un sentido relativo, pues ha largo tiempo que los así denominados sacudieron el imperio absoluto de la naturaleza. Con la posesión del fuego y la invención de armas y utensilios, han rebasado, en todas partes, el nivel de la mera naturaleza, si bien, en puntos muy esenciales de su existencia, dependen todavía de ella. Uno de ellos, el principal es el sustento, en cuanto alimentándose de la caza y de vegetales, sólo toman lo que la naturaleza les da. Y en lo tocante al vestido, apenas se elevan de este grado, puesto que se limitan al ropaje natural de las bestias (pieles) y de las plantas (...) A esto hay que añadir otros varios elementos, como el lenguaje, las formas sociales, las concepciones éticas y religiosas, de modo que apenas puede hablarse propiamente de pueblos modernos ‘sin cultura’” (Obermaier, 1926: 11-12).*

En cuanto a las contribuciones de este autor para el Neolítico, se resumen a escasas noticias de yacimientos (Obermaier, 1934) y estudios sobre el megalitismo, como el dolmen de Soto (Obermaier, 1924). Desde luego su aportación más significativa se debe a la creencia de la llegada del pueblo Capsiense desde el norte de África al sur peninsular a finales del paleolítico superior, lo que significaría su coincidencia en las tesis africanistas con Bosch Gimpera.

Surge, por tanto, en esta época un “africanismo” que en la posguerra adquirirá un importante papel en la justificación histórica sobre la colonización del Norte de África, como emblema de los sueños imperialistas de los gobernantes del régimen, aunque con tintes racistas que llevarán a matizar las influencias en sentido norte-sur.

### 3. La ruptura tras la guerra civil: la reorganización institucional.

La derrota republicana tras la Guerra Civil supuso el exilio para algunos de los prehistóriadores más importantes del primer tercio del siglo: Bosch Gimpera y José Miguel Barandiarán, por ejemplo. También, Hugo Obermaier al que la Guerra Civil sorprendió fuera de país, decidió no volver ante las noticias que le llegaban (Gómez-Tabanera, 1985).

De esta forma, los prehistóriadores que crearon escuela en nuestra disciplina tuvieron que marcharse, quedando en muchos casos los puestos más importantes dentro de la Academia y de las instituciones en manos de los que fueron sus discípulos.

La victoria del ejército de Franco supuso un cambio sustutivo con respecto al régimen democrático de la República en lo que se refiere al control de instituciones educativas como la Universidad y la enseñanza en general, ya que era concebida como una forma de adoctrinamiento, en la que se buscaba la legitimación de la ideología fascista que desde el poder se impuso (Sopeña, 1995).

En primer lugar, con la promulgación en 1942 de la Ley de Ordenación Universitaria (L.O.U.), todo el poder académico se concentraba en torno al Ministerio de Educación Nacional, manifestándose especialmente en la actividad depuradora de los que disfrutaban de una posición académica influyente en los sectores políticos. Con la L.O.U. se organizaba una universidad piramidal que daba prioridad a la docencia sobre la investigación, siempre en un sentido “católico”, “político” y “tradicional”, que en los aspectos históricos buscaba siempre la legitimación del presente (Pasamar, 1991: 23).

De forma paralela se creaba el Centro Superior de Investigaciones Científicas (C.S.I.C.), con unos directores de departamentos totalmente afines al régimen. La investigación, se remitía a las directrices marcadas desde el centro que fue organizado por un simpatizante del “Opus Dei”. El verdadero enemigo en su concepción de la vida científica era el modelo que los institucionistas crearon en el primer tercio del siglo, que por su carácter liberal y crítico era rechazado por los nuevos dirigentes del régimen (Pasamar, 1991). La investigación, por tanto, quedó marginada, lejos del ideal institucionista de crear una universidad donde se armonizara la docencia y la investigación como elementos que se interrelacionaban mutuamente.

Dado el modelo de universidad, el profesorado se consideraba como una “milicia docente”, que adoctrinaba más que formaba. Además, se creó un fuerte clientelismo que también se extendió al C.S.I.C.

La reorganización de la actividad arqueológica se caracterizó por una fuerte centralización desde Madrid, con sede en la Comisaría General de Excavaciones Arqueológicas, regentada por Julio Martínez Santa-Olalla. Al mismo tiempo, desaparecieron todas las instituciones regionales, sobreviviendo tan sólo el Servicio de Investigaciones Prehistóricas de Valencia (Díaz-Andreu, 1993: 77).

Julio Martínez Santa-Olalla también se encargó de la cátedra de Etnología y Prehistoria, que reemplazó a la de Historia Primitiva del Hombre, ocupada por Obemaier con anterioridad.

En Barcelona, todos los cargos que había dejado vacantes Bosch Gimpera fueron ocupados por otro de los personajes afectos al régimen: Martín Almagro Basch. Su activismo político, que le llevó a participar en el Servicio de Propaganda de la Falange Unificada (Pasamar, 1991: 128), y su cercanía al “Opus Dei”, le facilitó el protagonismo que durante el franquismo tuvo. En los primeros años de posguerra, además de la cátedra en la Universidad de Barcelona, también ocupó la dirección del museo de esta ciudad y de las excavaciones de

Ampurias, dirigiendo una publicación con este nombre. En los años 50 ganará la cátedra de Madrid a Martínez Santa-Olalla, creando el departamento de Prehistoria del C.S.I.C..

#### 4. Teoría y práctica en la posguerra.

En lo que se refiere a las posiciones teóricas, éstas no sufren variaciones sustanciales: continúa el Historicismo Cultural, y sus interpretaciones idealistas. Quizás este dominio se expresa ahora con más fuerza, ante la falta de acceso de los prehistoriadores españoles a lo que se realiza en el exterior. Pero si antes existía cierta idea de evolución, como hemos observado anteriormente en Bosch Gimpera y H. Obermaier, ahora cualquier mención a la misma será relacionada con el materialismo, aceptándose sin reservas el concepto de cultura de G. Kossinna, autor importantísimo en esas fechas para legitimar históricamente los proyectos expansionistas y racistas de los dirigentes nazis en Alemania:

*“...La idea moderna y trascendental de ‘cultura’ como un ente vivo que se desarrolla dentro de un círculo más o menos duradero y brillante ha sido elaborada gracias al método y avances de la Arqueología, y ella ha venido a ocupar el puesto que tuvo el falso concepto de ‘evolución’, hoy rechazado del campo de la Historia” (Almagro, 1941: 36).*

Esta es una de las consecuencias más importantes de la imposición del régimen franquista y su repercusión en la sociología de la investigación: la exclusión de determinados enfoques y su sustitución por otros más reaccionarios y etnocentristas (Vicent, 1994: 218), y, sobre todo, el aislamiento de la investigación del mundo occidental (Díaz-Andreu, 1993, 1997b). Las únicas referencias a ideas provenientes del exterior, son las realizadas a las ideas en boga por el dominio nacionalsocialista en Alemania. Esto se hace especialmente explícito en las interpretaciones sobre influencias e invasiones procedentes de Centroeuropa y su influencia en la construcción de la unidad nacional desde antiguo, como era el caso de la cultura celta (Martínez Santa-Olalla, 1946). Viene a significar que si en las interpretaciones del Historicismo Cultural en el primer tercio de siglo, se dejaba entrever la influencia de las ideas nacionalistas “periféricas”, como en el caso de Bosch Gimpera, marcado por el proyecto de estado federal que supuso la República, en esta época el enfoque da un giro hacia posiciones del nacionalismo españolista (Díaz-Andreu, 1997b). En este sentido es de señalar el trabajo de Martínez Santa-Olalla que unificó toda la Península Ibérica en la edad del Bronce, bajo la cultura de El Argar. Otro trabajo sería el de Del Castillo (1947) que elaboró la *Cultura del vaso campaniforme* como la primera cultura hispánica que se expandió fuera del territorio peninsular.

De cualquier forma, en la utilización de los mitos históricos que el franquismo utilizó como legitimación ideológica, no se encontrará la Prehistoria. Como apoyo histórico para la unidad de la patria se utilizaron especialmente tres mitos históricos: la unidad de fe por la que se

luchó en la Edad Media contra el Islam; la unidad conseguida por la RR.CC.; y el pasado imperial del país (Díaz-Andreu y Mora, 1995: 54).

Todos estos factores confluyeron para elaborar una práctica arqueológica que lleva a la confección de tipologías y cronologías, y que explica los cambios culturales únicamente por el diffusionismo, adquiriendo en esta época mayor importancia las explicaciones orientalistas sobre el origen del Neolítico peninsular.

Personalmente estoy con los que afirman que “el hecho de que la teoría no se viera afectada puede ser un resultado de la Guerra Civil, de la prohibición del debate, de lo que conllevó que el relevo de puestos dirigentes facultara el acceso a arqueólogos como Almagro Basch (o la continuidad de Pericot) cuya juventud permitió que se mantuvieran en el poder durante cuarenta años” (Díaz-Andreu, 1997b: 55), el mismo tiempo que duró la dictadura.

## 5. Los estudios sobre el Neolítico en la posguerra: un ejemplo de diferenciación en el Historicismo Cultural.

Las propuestas sobre el Neolítico peninsular eran realizadas ahora sobre su fundamentación en dos ejes básicos: las relaciones de la península con el norte de África y la unificación peninsular bajo las culturas neolíticas, rompiendo con el esquema propugnado entonces por Bosch Gimpera y sus círculos culturales.

Desde su exilio en México, **Bosch Gimpera** publicó una obra que corregía algunos aspectos de su Etnología de la Península Ibérica (Bosch Gimpera, 1932): *La formación de los pueblos de España* (1944), cuyo título es un claro exponente de la concepción de estado federalista de su autor.

Desde el primer momento aboga por una profundización histórica de la diversidad de pueblos que llegue hasta los tiempos prehistóricos, ya que supone una ayuda para comprender etapas históricas más recientes.

Cree que la diversidad geográfica peninsular es determinante de su diversidad poblacional y de su evolución desde tiempos primitivos (Bosch Gimpera, 1944: 21 y ss.). La constitución geográfica peninsular determina a su vez, los caminos de invasión que desde Europa se adentran por los Pirineos y desde África por Gibraltar y el sureste desde la costa argelina.

Al mismo tiempo, la diversidad geográfica española hace imposible un dominio y unificación de todo el territorio, ya que las zonas montañosas (más al norte) hacen imposible su reducción, facilitando esta misma diversidad geográfica “los desplazamientos de centros de gravedad política del país” (Bosch Gimpera, 1944: 23). También hace un alegato en contra de la unidad peninsular, o mejor dicho, uniformidad, que en aquella época imponía la historiografía

franquista:

*“La tendencia a ella, cuando no ha sido por imposición surge, acaso del aislamiento respecto a Europa, de la mezcla y relación en el interior, de los límites imprecisos de algunas de sus regiones, de la necesidad de expansión de los grupos encerrados en comarcas pobres, que a la larga atenúan los contrastes, hacen resaltar la equivalencia de las mezclas raciales, a pesar de sus distintos matices, crean una solidaridad de defensa o unos vínculos económicos y una cultura común. Todo ello hace de la Península Ibérica una diversidad abigarrada, imposibilita la uniformidad y crea una posibilidad de unidad, dificultada por múltiples factores”* (Bosch Gimpera, 1944: 23-24).

En cuanto al Neolítico, realiza una valoración de los diferentes grupos culturales a partir de los sustratos poblacionales del Paleolítico Superior y del Mesolítico, considerando la existencia de dos tradiciones (al igual que hiciera en sus trabajos anteriores): la Francocantábrica para el norte y la Capsiense para el resto de la península. Opina que estos pueblos se transformarían primero en pastores y posteriormente en pueblos sedentarios que desarrollan la agricultura y el urbanismo en aldeas o ciudades como Los Millares (Bosch Gimpera, 1944: 61).

En cuanto a la sistematización de los grupos mantiene el esquema de anteriores trabajos, dividiendo para este periodo histórico la península en cuatro pueblos (o círculos culturales): pueblo de las cuevas, pueblo de Almería, pueblo indígena de Portugal y pueblo pirenaico. Esta última cultura personificaría “los grupos étnicos emparentados, no sólo de la vertiente española, sino también de la francesa y que en el occidente del Pirineo parecen cristalizar en la formación del pueblo vasco histórico” (Bosch Gimpera, 1944: 82). Esto suponía un enfrentamiento con la historiografía franquista y sus pretensiones de legitimación de la fuerte centralización impuesta desde Madrid. Sobre todo, cuando desde la Arqueología se pretendía entroncar el sustrato poblacional de la prehistoria vasca con las corrientes indoeuropeas y celtas, por medio de invasiones que unificarían al País Vasco con el resto del norte de España (Díaz-Andreu, 1993: 80).

Así pues, Bosch Gimpera mantiene los cuatro círculos culturales de su anterior trabajo (Bosch Gimpera, 1932), enriqueciéndolo con nuevas aportaciones. Su principal aportación la hace al valorar la continuación de los sustratos poblacionales paleolíticos, a pesar de nuevos contactos migratorios que pudieran venir de África. Este esquema de trabajo, introduce, por tanto, una idea de evolución, a pesar de su posición clara con el Historicismo Cultural, que dejaba abiertas las posibilidades para estudios que valorasen los periodos culturales de nuestra Prehistoria desde la autoctonía; y que por tanto, pudiesen constituirse en voces discordantes con respecto al difusionismo imperante en la Arqueología española, única perspectiva que desde la arqueografía tradicional y oficial se elaboraba en la España franquista.

Frente a los postulados de Bosch Gimpera se posicionaron dos autores como Martín Almagro Basch y Julio Martínez Santa-Olalla.

**Julio Martínez Santa-Olalla** revisó los problemas para la Prehistoria y Protohistoria española desde postulados racistas y pangermanistas. En primer lugar, consideraba exagerado el papel que jugaba África en sus relaciones con la Península y por extensión con Europa, opinando que se había sobrevalorado la “fuerza creadora del Norte de África”, ya que los complejos culturales africanos eran los resultantes de “pervivencias y atavismos que dan un verdadero territorio colonial en la prehistoria” (Martínez Santa-Olalla, 1946: 22). De esta forma, pensaba que Europa era más activa racial y culturalmente, con un “carácter prefigurador” que culminaba en la Edad del Bronce, donde según él se construía la Europa que se conocía en tiempos contemporáneos. Por eso mismo, unió los destinos de España al de Europa, ya que las invasiones celtas habían jugado un papel importante en el “destino hispánico” (Martínez Santa-Olalla, 1946: 24).

Unificó el paleolítico superior español con el del centro y sur de Francia al otorgarle la misma secuencia a todo el occidente europeo. Esta unificación llegaría hasta lo que él denominaba Neolítico Antiguo, considerando la facies microlítica como descendiente del Magdaleniense. Aunque los contactos entre África y España existieron, no tuvieron el carácter de prefiguración sobre nuestras culturas prehistóricas que se les daba por la escuela clásica (Martínez Santa-Olalla, 1946: 48).

En general, define dos culturas para el Neolítico peninsular:

- Cultura hispanomauritana, que estaría influenciada por el “Neolítico de tradición capsiente” de Vaufrey (1939), y que se expandiría por el Mediterráneo occidental. Se caracterizaría por los microlitos (una perduración del complejo tardenocapsiente) y la cerámica cardial.
- Cultura iberosahariana, procedería de una migración del neolítico sahariano, que se formaría a partir del neolítico egipcio del grupo badariense y otras culturas asociadas.

**Martín Almagro Basch** fue uno de los arqueólogos con mayor poder institucional durante el franquismo, sobre todo a partir de la segunda mitad de la década de los 50, cuando gana a Martínez Santa-Olalla la cátedra de la Universidad Central. En la posguerra, destacará por sus ideas hiperdifusionistas y de marcado talante eurocentrista y antievolucionista.

En una de sus primeras obras, después de la guerra, (Almagro, 1941) puso de manifiesto este difusionismo al tratar del origen del Neolítico, que desde “unos cuantos centro culturales” se extendería por difusión a toda Europa. Niega cualquier posibilidad de evolución desde el paso del Epipaleolítico al Neolítico, que se produciría por un salto. La llegada de la agricultura se produce por la invasión de un pueblo que cultiva la tierra y elabora “una civilización completamente nueva” en un lugar donde los pueblos que lo habitaban tradicionalmente eran

cazadores o pescadores. Llegará a afirmar que “no es posible establecer en parte alguna derivación del Neolítico por simple evolución de la cultura paleolítica que le precedió” (Almagro, 1941: 159).

Para demostrar lo afirmado anteriormente se apoyará en datos de la etnología, desde una postura eurocentrista de la que deriva su concepto de civilización:

*“Y lo mismo se comprueba hoy al estudiar como los poquísimo pueblos primitivos paleolíticos que aún viven en la tierra, degeneran en su medio y se reducen hasta extinguirse sin adaptarse sin cambiar su forma de vivir. Así, van desapareciendo los bosquimanos, los fueginos y otros pueblos muy primitivos incapaces de asimilar o aprender por si la agricultura ni la ganadería, base de la vida de las razas que los rodean”* (Almagro, 1941: 159).

Establece que en el Neolítico se formarían las principales razas europeas. En este periodo de tiempo, las grandes regiones europeas adquirirían personalidad cultural. De esta forma relaciona la cultura de una zona dada con su raza, siendo esta depositaria de sus tradiciones, desde la Prehistoria a la actualidad:

*“Al hablar la Arqueología de una cultura determinada a partir del Neolítico hay que pensar en una raza habitando fija sobre un territorio e influyendo decisivamente sobre la actualidad espiritual y material del mismo. De ahí el interés con que todos los pueblos ahondan en su Prehistoria para defender su Historia actual, ya que en estos remotos tiempos, sin textos escritos, se hizo y se formó la raza de los pueblos históricos”* (Almagro, 1941: 163).

Rechazará la sistematización que Bosch Gimpera realizó del Neolítico peninsular. Para él la primera cultura neolítica peninsular sería la de Almería, debida a una migración del pueblo sahariano ante la desecación de su zona de hábitat natural. Desde la costa almeriense avanzarán hacia el norte y el interior, llegando hasta el valle del Ebro y la Meseta.

La heterogeneidad de la cultura de Almería se manifiesta especialmente en el Levante y por la variedad de elementos que la caracterizan. De este modo, llega a pensar en la existencia de otros colonizadores neolíticos que llegarían a puntos distintos de la costa de Almería, basándose en elementos materiales (calaíta, brazaletes de concha, cuentas de hueso, idolillos de piedra) que indicaría relaciones con el Egeo y Oriente, retomando de paso las viejas hipótesis de Luis Siret (1893). Son todas estas corrientes las que introdujeron los cultivos y animales domésticos y la metalurgia, constituyendo España un nuevo foco difusor hacia Europa, aunque esto no se produjo hasta la llegada de las culturas megalíticas y del vaso campaniforme.

Para Almagro el componente etnográfico no había sido bien estudiado, considerando que todo lo que se sabía se debía a L. Siret (Almagro, 1941: 215), ignorando de forma descarada las sistematizaciones de Bosch Gimpera (1932) y su escuela (Pericot, 1934).

Si existían estaciones anteriores a la aparición de la metalurgia, Almagro lo observaba como producto de la larga perduración de los cazadores y no de un Neolítico más amplio en el tiempo. Los cazadores tomarían los elementos de las nuevas culturas neolíticas “tarde y

bárbaramente (...), produciendo a primera vista el efecto de una antigüedad que no tienen" (Almagro, 1941: 214).

En trabajos posteriores (Almagro, 1944, 1947a y b) no tendrá tan claro de dónde proceden las migraciones que traen el Neolítico a la Península Ibérica, aunque él propone dos: África (Neolítico de tradición capsiente) y el Mediterráneo oriental. Sobre esta última área propone ya una llegada sin intermediarios (Almagro, 1944: 38).

**Del Castillo** (1947) consideraba que el Neolítico hispano tiene una corta duración. Rechazaba las divisiones tripartitas del mismo (inicial, pleno y final) y lo definía como un bloque que constituiría una etapa de transición entre el Asturiense, Tardenoisiense y el Eneolítico. Para él era imposible explicar la presencia del Neolítico en la península en base a una evolución cultural (Castillo, 1947: 501).

Configurará para esta época tres círculos culturales: cultura de las cuevas, megalítica y de Almería.

De lo más destacable, de este autor, es que obvia la cultura pirenaica, al ser esta la que identifica Bosch Gimpera con la formación del pueblo vasco histórico. Al mismo tiempo, da bastante importancia a la presencia de elementos culturales pensados como genuinos de España, así como su influencia en el resto de Europa (es el caso del vaso campaniforme) (Castillo, 1947).

**San Valero** propuso una nueva periodización del Neolítico en España. Critica la noción del Neolítico como casillero arqueológico, considerándolo como un periodo histórico. En el caso de Bosch Gimpera, critica los círculos culturales elaborados por éste en base a las peculiaridades y diferencias geográficas entre las distintas regiones geográficas. Para San Valero las áreas culturales del Neolítico español se podrían replantear en base a un principio opuesto al de Bosch: "hay una base común, que adquiere características peculiares por sus aislamientos sucesivos y diferentes medios geográficos" (San Valero, 1950: 22). Es decir, en vez de insistir sobre las peculiaridades que diferencian a distintas regiones históricas, prefería aquellas que podían dejar entrever una unidad peninsular desde el Neolítico.

Distingue dos horizontes neolíticos para la península Ibérica: el hispano-mauritano y el ibero-sahariano.

Respecto al Neolítico hispano-mauritano, considera que tiene un doble filiación (San Valero, 1950: 32): capsiente y egipcia. En su facies B sería característica la cerámica cardial.

El Neolítico ibero-sahariano tendría elementos coincidentes con el anterior por su tradición capsiente y el influjo egipcio. Junto a estos se le uniría en España elementos culturales mediterráneos, que procedían de Oriente y que llegarían a nuestras costas por vía marítima, sin mediación con África.

Pensaba que el Neolítico español extendería su influencia con la cerámica cardial por toda Europa, por contaminaciones sucesivas de sitios geográficos intermedios que llegarían hasta el área nórdica (San Valero, 1950: 22).

Para Pericot la llegada de los primeros pueblos neolíticos se produciría más tarde del VI milenio a. C., procedentes de los antiguos focos africanos del Capsiense (Neolítico de tradición capsíense de Vaufrey) (Pericot, 1942: 348). Para este autor al final del paleolítico llegaría una infiltración capsíense que se mezclaría con el pueblo de la cultura epiauriñaciense (siguiendo la definición del mismo dada por Obermaier) (Obermaier, 1934). En general, aunque con matizaciones propias seguiría a Bosch al considerar la existencia de migraciones africanas en nuestra península (capsíenses) desde el Paleolítico Superior.

Con la polémica originada en torno a las culturas neolíticas, **Bosch Gimpera** realizará algunas matizaciones, en torno al origen de las mismas.

Respecto al tema del africanismo, pensaba una prueba de las relaciones entre la península y los territorios norteafricanos, el hecho de que tanto a un lado y otro del Estrecho, el arte rupestre evolucionado se extendiese por el marco geográfico ocupado por el pueblo de la cultura de las cuevas. En África los autores del arte rupestre de las zonas marginales del Sáhara fueron los “neolíticos de tradición capsíense” de Vaufrey, mientras que en España existían una coincidencia absoluta con la cultura de las cuevas en sus etapas seminaturalistas, por las sierras andaluzas y levantinas desde donde se extenderían en dirección E-O. Matizaba las antiguas tesis de Obermaier sobre la extensión del capsíense, aunque afirmaba su impacto “sobre una población epigravetiense con fuertes elementos africanos que pudieron crear un clima favorable para el desarrollo, luego de una cultura unificada con la de África”<sup>6</sup> (Bosch Gimpera, 1953: 144).

En el marco geográfico general de la Península Ibérica quedaba claro con su sistematización de la Prehistoria peninsular, que existieron relaciones con África del Norte y otras regiones costeras mediterráneas, pero que especialmente de la primera región llegaron los principales aportes poblacionales en el Neolítico: la cultura de las cuevas y la sahara-almeriense. Reconoce que determinados hechos históricos debían explicarse “por la propagación de una nueva manera de vivir, por factores económicos o por las relaciones comerciales”, aunque no se decanta ni por el concepto de “revolución neolítica” de Childe, ni por el de “difusión de la civilización agrícola” de Laviosa (Bosch Gimpera, 1956: 652).

Pero esto no significaba que renunciara a los “kultukreise” como concepto que facilitaba la explicación histórica. Seguía pensando que cuando existían territorios bien delimitados en asociación con elementos culturales materiales (formas de habitación, sepulturas, utensilios y cerámica) se podían organizar unidades culturales que se contrastarían con unidades

vecinas, que avanzarían o retrocederían “con todo su complejo de rasgos fundamentales”, aunque también se propagarían trazos aislados. Lo que Bosch Gimpera quiere manifestar con esta idea es que también para el neoeneolítico se podía considerar la existencia de pueblos históricos, al igual que se hablaba de germanos, celtas o iberos para otras épocas (Bosch Gimpera, 1956: 652).

En segundo lugar, continua con su idea de un sustrato poblacional paleolítico y mesolítico para sus culturas neolíticas:

*“Para España hay sin duda pueblos indígenas de raíces mesolíticas y aun paleolíticas, que concluyen por organizar grupos étnicos más o menos complejos. Están representados por la civilización megalítica portuguesa, la civilización de las cuevas y la civilización pirenaica, así como por el pueblo nuevo de la cultura saharoalmeriense. En ciertas regiones se yuxtaponen, se superponen o se mezclan, ciertos grupos quedan absorbidos y otros borrados temporal o definitivamente”* (Bosch Gimpera, 1956: 653).

Todo un alegato autoctonista, ante la historiografía del momento.

## 6. Reflexión final.

Como hemos visto, todos los autores de la primera mitad del siglo XX participan de una posición teórica común, el Historicismo Cultural, aunque con “seres metafísicos” diferentes (las Españas de unos y otros autores) (Cortadella Morral, 1988). Esto les llevaba a explicar los cambios observados en el registro empírico por invasiones o migraciones de pueblos. Aunque como hemos visto, con diferencias notables en algunos autores que eran partidarios de valorar el sustrato poblacional autóctono (Bosch Gimpera).

Sobre el tema del africanismo, queda claro que autores como Bosch y Pericot tenían la idea de contactos en un sentido y otro, y que el mismo Bosch admitía la posibilidad de una unidad cultural de parte de la Península con el norte de África.

Llegados a este punto, nos quedaría estudiar cómo evoluciona el pensamiento arqueológico de nuestro país hasta la actualidad. Desde luego, es necesario analizar como ha perdurado esta tradición historiográfica hasta hoy día, ya que en algunas universidades españolas se sigue impartiendo en las aulas, y continúan divulgándose en publicaciones que resucitan viejas ideas de la posguerra, presentándose incluso como novedosas.

Desde luego, el debate teórico de los 80 se ha quedado reducido a puntos muy precisos de la geografía universitaria española.

Llama la atención que en las universidades pequeñas, al menos en Andalucía, la mayoría de los/las titulares y catedros/as sigan propugnando unas teorías historicistas que han sido abandonadas en otros lugares hace tiempo, no por moda, sino por su ineficacia explicativa del proceso histórico. Existe, por tanto, una vaguedad intelectual, que además responde a una

sociología de la investigación que se manifiesta de forma muy concreta en instituciones con unas estructuras de poder al servicio de quienes pretenden mantener sus privilegios, fomentando la endogamia y el clientelismo.

Habrá que pensar que la Universidad española (unas más que otras) no se ha democratizado lo suficiente desde la transición. Algunas posiciones teóricas parecen estar malditas. Hoy es tan necesario que la discusión teórica sea llevada a las aulas, fomentando no sólo la crítica, sino también la autocritica, sin olvidar la historiografía, para que se conozcan los autores clásicos de la disciplina. Sólo así tendremos conciencia de su legado y de lo mucho que tenemos que investigar y cambiar todavía.

## 7. Agradecimientos.

Agradezco a José Ramos la lectura y matizaciones sobre el manuscrito original.

## 8. Notas.

<sup>1</sup> Instituciones donde la servidumbre es una lacra derivada de la endogamia que predomina actualmente en la Universidad española.

<sup>2</sup> Aunque estos criterios se encontraban presentes en el concepto de nación durante el siglo XIX, sólo que en consecuencia con la idea de evolución y progreso, las lenguas y las nacionalidades menores tenderían a desaparecer donde la supremacía de la nacionalidad estatal y de su lengua corriesen algún peligro. Allí donde no existiese este problema la nación principal “podía proteger y fomentar los dialectos y las lenguas menores que había dentro de ella; las tradiciones históricas y folklóricas de las comunidades menores que contenía, aunque fuese sólo como prueba de la gama de colores de su paleta macronacional” (Hobsbawm, 1997: 44).

<sup>3</sup> Entre ellos la iglesia constituía el más representativo, porque aglutinaba autoridad, influía directamente con sus escuelas en la enseñanza y en el adoctrinamiento de unas élites, e incluso controlaba parte de la prensa.

<sup>4</sup> Un caso significativo fue el de el Duque de Alba con H. Obermaier.

<sup>5</sup> “Físicamente predomina el pueblo más numeroso y de más vitalidad, que suele ser por lo común el indígena, aclimatado al país desde antiguo” (Bosch Gimpera, 1925: 186).

<sup>6</sup> Incorporando plenamente el concepto de “epigravetiense” de Jordá (1949) a su explicación.

## 9. Bibliografía.

- ALMAGRO, M., 1941: Introducción a la Arqueología. Las culturas prehistóricas europeas. Apolo. Barcelona.
- ALMAGRO, M., 1944: "Los problemas del Epipaleolítico y Mesolítico en España". Ampurias VI, pp. 1-38.
- ALMAGRO, M., 1947a: "Las relaciones de la Península con África durante el Paleolítico Superior". En MENÉNDEZ PIDAL, M., dir.: Historia de España. España Primitiva. La Prehistoria, vol. IV, pp. 389-401. Espasa-Calpe. Madrid.
- ALMAGRO, M., 1947b: "Las culturas del final del Paleolítico en España". En MENÉNDEZ PIDAL, M., dir.: Historia de España. España Primitiva. La Prehistoria, vol. III, , pp. 403-442. Espasa-Calpe. Madrid.
- ARYAZAGÜENA, M., 1992: La arqueología prehistórica y protohistórica española en el siglo XIX. Tesis microfilmada. U.N.E.D. Madrid.
- BATE, L. F., 1998: El proceso de investigación en Arqueología. Crítica. Barcelona.
- BOSCH GIMPERA, P., 1925: "Los pueblos primitivos de España". Revista de Occidente, año III, nº XXV, T. IX, pp. 153-190.
- BOSCH GIMPERA, P., 1932: Etnología de la Península Ibérica. Barcelona.
- BOSCH GIMPERA, P., 1944: El poblamiento antiguo y la formación de los pueblos de España. Imprenta Universitaria. México.
- BOSCH GIMPERA, P., 1953: "La cultura de las cuevas en África y en España sus relaciones". Congreso Arqueológico del Marruecos Español, pp. 139-153. Delegación de Educación y Cultura de la Comisaría de España en Marruecos. Tetuán.
- BOSCH GIMPERA, P., 1956: "Problemas de las civilizaciones del Neo-eneolítico occidental y de su cronología". Actas del IV Congreso Internacional de Ciencias Prehistóricas y Protohistóricas, pp. 643-655. Madrid.
- CASTILLO, A. Del, 1947: "El Neolítico y la iniciación de la Edad de los Metales". En MENÉNDEZ PIDAL, M., dir.: Historia de España. España Primitiva. La Prehistoria, vol. III., pp. 489-530. Espasa-Calpe. Madrid.
- CORTADELLA MORRAL, J., 1988: "M. Almagro Basch y la idea de la unidad de España". Homenaje al Prof. Marcelo Vigil. Studia Histórica, VI, pp. 17-25.

- DÍAZ-ANDREU, M. y MORA, G., 1995: "Arqueología y política: el desarrollo de la arqueología española en su contexto histórico". Trabajos de Prehistoria 52, nº 1, pp. 25-38.
- DÍAZ-ANDREU, M., 1993: "Theory and ideology in archaeology: spanish arhaeology under the Franco régime". Antiquity, 67, pp. 74-82.
- DÍAZ-ANDREU, M., 1997a: "Nación e internacionalización. La Arqueología en España en las tres primeras décadas del siglo XX". En MORA, G. y DÍAZ-ANDREU, M., eds.: La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga. Málaga.
- DÍAZ-ANDREU, M., 1997b: "Prehistoria y Franquismo". En MORA, G. y DÍAZ-ANDREU, M., eds.: La cristalización del pasado: génesis y desarrollo del marco institucional de la Arqueología en España, pp. 547-552. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Málaga. Málaga.
- FITA, F., 1893: "Protohistoria. Conclusiones adoptadas en el Congreso Católico de Sevilla". Boletín de la Real Academia de la Historia XXII, Cº I, pp. 109-110.
- GÁNDARA, M., 1993: "El análisis de posiciones teóricas: aplicaciones a la arqueología social". Boletín de Antropología Americana, 22, pp. 5-21. México.
- GLICK, T. F., 1982: Darwin en España. Península. Barcelona.
- GÓMEZ-TABANERA, J.M., 1985: "Sesenta años después: unas palabras de introducción a la reimpresión de 'El Hombre Fósil', de Hugo Obermaier". En OBERMAIER, H.: El hombre fósil, pp. 5-19. Edición Fasimil. Istmo.
- HACHUEL FERNÁNDEZ, E. y COSTA, V. M., 1990-91: "Difusionismo y autoctonismo: dos vertientes de un paradigma". Arqueocrítica, pp. 19-27. Barcelona.
- HELLER, A., 1985: Teoría de la Historia. Fontamara. Barcelona.
- HOBSBAWM, E., 1997: Naciones y nacionalismo desde 1780. Crítica. Grijalbo Mondadori. Barcelona.
- JORDÁ, F., 1949: "Secuencia estratigráfica del Paleolítico levantino". IV Congreso Arqueológico del Sudeste Español, pp. 104-110.
- MARTÍNEZ SANTA-OLALLA, J., 1946: Esquema paletnológico de la Península Hispánica. Publicaciones del Seminario de Historia Primitiva del Hombre. 2ª Edición. Madrid.
- MOURE, A., 1996: "Hugo Obermaier, la institucionalización de las investigaciones y la integración de los Estudios de Prehistoria en la Universidad española". "El hombre fósil" 80 años después. Volumen conmemorativo del 50 aniversario de la muerte de

- Hugo Obermaier, pp. 17-50. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria. Santander.
- OBERMAIER, H., 1924: El dolmen de Soto (Trigueros, Huelva). Clásicos de la Arqueología de Huelva, 4/1991. Edición Facsímil. Diputación Provincial de Huelva. Huelva. 1993.
- OBERMAIER, H., 1926: "La vida de nuestros antepasados cuaternarios en Europa". Revista de Occidente, año IV, T. XII, nº XXXIV, pp. 8-51.
- OBERMAIER, H., 1934: "Estudios prehistóricos en la Provincia de Granada". Anuario del Cuerpo Facultativo de Archiveros, Bibliotecarios y Arqueólogos, vol. I., pp. 255-282. Madrid. 1934.
- PAGÉS, P., 1983: Introducción a la Historia. Epistemología, Teoría y problemas de Método en los estudios históricos. Barcanova. Barcelona.
- PASAMAR, G., 1991: Historiografía e ideología en la postguerra española: la ruptura de la tradición liberal. Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza.
- PASAMAR, G. y PEIRO, I., 1987: Historiografía y práctica social en España. Prensas Universitarias de Zaragoza. Zaragoza.
- PEIRO, I. y PASAMAR, G., 1989-90: "El nacimiento en España de la Arqueología y la Prehistoria (Academicismo y profesionalización, 1856-1936)". Kalathos 9-10, pp. 9-30. Teruel.
- PERICOT, L., 1934: Historia de España. T. I. Épocas primitivas y Romana. Instituto Gallach. Barcelona.
- PERICOT, L., 1942: La Cueva del Parpalló (Gandía). C.S.I.C. Instituto Diego Velázquez. Madrid.
- PERICOT, L., 1953: "Sobre el problema de las relaciones preneolíticas entre España y Marruecos". Congreso Arqueológico del Marruecos Español, pp. 57-65. Delegación de Educación y Cultura de la Comisaría de España en Marruecos. Tetuán.
- RENFREW, C., 1986: El alba de la civilización. Ediciones Istmo. Madrid.
- RUÍZ RODRÍGUEZ, A., 1993: "Panorama actual de la Arqueología española". MARTÍNEZ NAVARRETE, M.I., ed.: Teoría y Práctica de la Prehistoria. Perspectivas desde los extremos de Europa. Servicio de Publicaciones de la Universidad de Cantabria. Santander.
- SÁNCHEZ LIRANZO, O., 1998: La ausencia de las mujeres en la construcción de la Historia: el ejemplo de la Prehistoria andaluza. Una Ciencia Social que reproduce el discurso histórico androcéntrico. Tesis de Licenciatura. Universidad de Sevilla. Inédita.

- SAN VALERO, J., 1950: La Cueva de la Sarsa (Bocairente-Valencia). Serie de Trabajos Varios, 12. Servicio de Investigación Prehistórica. Valencia.
- SIRET, L., 1893: "L'Espagne préhistorique". Extrait de la Revue des Questions Scientifiques, octubre 1893. Bruxelles.
- SOPEÑA, A., 1995: El Florido Pensil. Crítica. Barcelona.
- TRIGGER, B. G., 1992: Historia del pensamiento arqueológico. Crítica. Barcelona.
- TUÑÓN DE LARA, M., 1967: Historia y realidad del poder. Cuadernos para el Diálogo. Madrid.
- TUÑÓN DE LARA, M., 1974: La España del siglo XIX. Laia. Barcelona.
- TUÑÓN DE LARA, M., 1981: España del siglo XX. La quiebra de una forma de Estado (1898/1931). Vol. I. Laia. Barcelona.
- VAUFREY, R., 1939: "L'Art rupestre nord-africain". Archives de l'Institut de Paléontologie Humaine. Mémoire 20, pp. 72-75. París.
- VICENT, J. M., 1994: "Perspectivas de la teoría arqueológica en España". 6º Congreso Hispano-Ruso de Historia, pp. 215-224. Fundación Banesto.
- VILLACORTA BAÑOS, F., 1980: Burguesía y cultura. Los intelectuales españoles en la sociedad liberal, 1808-1931. Siglo XXI. Madrid.